

## VUELTA Á LA BARBARIE

Todas las sociedades, desde las tribus salvajes que han adquirido alguna estructura política hasta las naciones que se han extendido y engrandecido conquistando á sus vecinos, muestran que, según sabemos, el carácter distintivo de los pueblos guerreros es la sumisión de hombre á hombre y de grupo á grupo. La subordinación graduada, base de la organización del ejército, pasa á ser cada vez más el modelo de la organización civil, en donde el militarismo es crónico; porque en este caso, la Administración general es casi sólo una Comisaría para proveer á las necesidades del ejército, á cuya disciplina se amolda progresivamente. Por otra parte, hechos familiares prueban que, al salir las sociedades de los estados bárbaros de militarismo crónico, disminuye aquella subordinación graduada, según se ha visto en los últimos siglos, y hay aumento de libertad, á lo que debe añadirse que en donde, como ha ocurrido en Inglaterra, las actividades militares han tenido menos preponderancia durante algún tiempo, y la organización correspondiente no se ha destacado tanto, las instituciones libres aparecen más pronto y se desarrollan con más vigor. De todo esto se desprende, á modo de evidente corolario, que el renacimiento de la subordi-

nación graduada es signo manifiesto de que se retrocede hacia la barbarie. Contemplemos los hechos.

Los Estados Unidos nos ofrecen un ejemplo excelente. Desde el día en que aparecieron los jefes (*bosses*) locales, apiñándose los electores en torno suyo, hasta hoy, se han multiplicado aquéllos sin cesar, extendiendo su autoridad sobre áreas más dilatadas cada vez, á tal punto, que actualmente hombres nuevos, del tipo de los Plath y los Hanna y los Croker, son los principales factores en las elecciones locales y generales. Convenciones formadas de delegados, que se arrojan la representación de sus respectivas localidades, son simplemente el brazo ejecutor de las decisiones de algunos jefes que, en apariencia, no hacen más que aconsejar, pero que, en realidad, dictan los acuerdos. Y de tal suerte se han hundido bajo este sistema las tradiciones de libertad individual, que hoy el afirmarla conduce al descrédito, y los pocos ciudadanos independientes, diseminados acá y allá, que se niegan á renunciar al derecho de juzgar por sí mismos, son calificados despreciativamente de *díscolos*.

En Inglaterra, el *Caucus* (1), si bien todavía no esclaviza por completo al individuo, le ha arrebatado ya en buena parte la libertad electoral de que gozara durante la generación siguiente al *bill* de reforma, cuando, como me consta por propia experiencia, la iniciativa de los ciudadanos (aun de los no electores) producía algún efecto. Ahora, los Comités que dirigen los

(1) Reunión previa celebrada por los principales políticos con el fin de designar candidatos para los cargos públicos.—(N. del T.)

distritos se subrogan á los electores de los mismos, que se ven obligados á aceptar los candidatos que aquéllos designan. Prácticamente, los Comités aludidos forman otras tantas oligarquías electorales. En la misma Cámara de los Comunes, el movimiento regresivo que se manifiesta de la manera indicada en las páginas anteriores, se abre paso por otros caminos. Así, tenemos la reforma que há pocos años destruyó «el privilegio de ventilar agravios ante la Comisión de Presupuestos,» que era antiguamente el más importante de los que tenían los ciudadanos enviados al Parlamento por sus respectivos distritos, puesto que de la rectificación ó mitigación de tales agravios dependía en parte la concesión de subsidios; y recientemente, otra reforma parecida negó el derecho á proponer enmiendas á la moción para acudir ante la Comisión de Rentas y Recursos. La retrocesión, por tanto, se observa en la creciente subordinación del ciudadano, ya como elector, ya como representante.

El movimiento que se opera en el terreno eclesiástico señala un cambio de la misma naturaleza. Se restablece el predominio del clero, que caracteriza los tipos bárbaros de sociedad. La rebelión de la Iglesia contra el Poder civil, indica el deseo de restaurar el *régimen* que en otros tiempos convertía á los Reyes en súbditos del Papa. La aspiración, secreta si no declarada, de la jerarquía eclesiástica es robustecer el clericalismo, y cuando se pide á las personas que ocupan los primeros puestos de ella que impidan las prácticas cuya consecuencia es asimilar la Iglesia de Inglaterra á la de Roma, se salvan con evasivas y efulgios, mientras resisten enérgicamente los esfuerzos encaminados á evitar la

semejanza. Por espacio de una generación ha habido el empeño de erigir al sacerdocio en cuerpo de intermediarios entre Dios y el hombre. La confesión, la celebración de una cuasi-misa y de otras ceremonias, con acompañamiento de incienso, han tendido á realizar más y más la clase sacerdotal, reforzando el efecto con el uso de vistosas vestiduras y de símbolos adornados de piedras preciosas, según se hacía en la Edad Media y es costumbre general de los pueblos bárbaros.

Varias causas han producido los cambios que se verifican en nuestra organización social, política, y religiosa. La primera fué el establecimiento de aquella modesta organización defensiva, bien justificada por las circunstancias, á que se dió el nombre de movimiento *voluntario*. Cuando Luis Napoleón, con su política, hizo sospechar que proyectaba invadir á Inglaterra, pareció oírse el grito de ¡A las armas! que tomó cuerpo en los versos del Poeta Laureado: «Formad, tiradores, formad.» Por consecuencia de esto, algunos ciudadanos pacíficos, cuyo número después aumentó de continuo, se sometieron á cierta disciplina y comenzaron á ejercitarse en tirar al blanco, de donde resultó despertarse en ellos las ideas y sentimientos militares, legado de los tiempos antiguos de constante lucha. La organización en compañías y regimientos, las evoluciones regulares, la obediencia á los jefes, el desfilarse por las calles al son de las bandas, unido todo ello al ambicioso deseo de desempeñar puestos de mando, habituó á los jóvenes de nuestras ciudades á las emociones y sentimientos propios de la guerra. Renació necesariamente el interés por ésta, y los instintos salvajes, parcialmente dormidos, reaparecieron con rapidez, ejercitándose, si no

contra enemigos reales, contra enemigos que se imaginaba iban á invadirnos.

En los últimos veinte años ha obrado eficazmente otra causa que, á primera vista, pocos querrán reconocer como tal, pero cuyos efectos nos hará descubrir el análisis. La naturaleza de una pasión es casi la misma, cualquiera que sea el objeto que la excite. El miedo que se siente en presencia de un perro rabioso, es en el fondo semejante al que produce el puñal levantado de un asesino; y el odio que inspira un animal repugnante, no difiere por su índole del que inspira un hombre aborrecido. Especialmente, cuando los objetos que excitan las pasiones son imaginarios, hay muy poca diferencia entre los estados del alma producidos. La animosidad contra un objeto imaginario, fortificando el sentimiento de la animosidad en general, abre fácil camino á la animosidad contra otro objeto imaginario.

Se me ocurren estas observaciones á propósito del «Ejército de salvación.» El nombre de ejército es significativo, no siéndolo menos los nombres de los jefes, desde el llamado «general» hasta los suboficiales locales—pasando por los brigadieres, coroneles, comandantes,—así como es significativa la circunstancia de usar todos ellos uniforme. En idea y en sentimiento, este sistema es como el de un ejército verdadero. Además, ¿qué medios emplea? La «Gaceta oficial del Ejército de salvación» se intitula *El grito de guerra*, y el lema harto elocuente de esta publicación es «sangre y fuego.» Se alegrará, sin duda, que los sentimientos destructores invocados en tales títulos y lema se dirigen contra el principio del Mal personal ó impersonal, contra el Diablo y todas sus obras. Diráse también que en

un himno famoso, inserto en el número que tengo á la vista, las expresiones siguientes, entresacadas de sus primeras treinta líneas, tienen el mismo *sentido*: «Nos hizo guerreros por siempre; nos envió al campo á pelear.... Venceremos con fuego y sangre.... Estemos arma al brazo: el enemigo se halla cerca; los poderes del Infierno nos rodean.... El día de la batalla está próximo. ¡Vamos á la guerra gloriosa!» De cualquier modo, sin embargo, éstos y otros estímulos semejantes á la pelea, y la excitación de los cantos, unida á las procesiones marciales con acompañamiento de música, no pueden menos de despertar las pasiones dormidas, bastante prontas á inflamarse aún en el curso de la vida ordinaria. Cualesquiera llamamientos que se hagan á los sentimientos más suaves que inculcan las creencias, se pierden realmente entre aquel ruidoso clamoreo. De estas exhortaciones, mezcladas y contradictorias, las gentes oyen las más congruentes con su modo de ser, haciendo poco caso de las restantes; de manera que, bajo las formas de la religión del amor, se están cultivando diariamente los sentimientos propios de la religión del odio. Y luego, como queda indicado, las pasiones destructoras atizadas contra «el principio del Mal,» concebido como un enemigo, se vuelven fácilmente contra otra clase de enemigos. Si á los espíritus malévolos se substituyen hombres malévolos, se miran con los mismos sentimientos; y cuando la calumnia, sembrada al vuelo, representa á ciertas gentes como malvadas, la cólera y el odio, alimentados sin cesar, descargan sus rayos sobre ellas.

Hasta mientras estoy dictando se me apuntan hechos que prueban no ser el Ejército de salvación el único

cuyos himnos llevan á poner en lugar del enemigo espiritual el enemigo humano, sino que al mismo resultado conducían los cánticos entonados en los oficios religiosos que hubieron de celebrarse al partir las tropas al Africa meridional. Así, bajo el disfraz de una religión que predica el amor, el perdón y la paz, se ha hecho constante derroche de las palabras «guerra» y «sangre,» «fuego» y «batalla,» y continuo alarde de sentimientos antagónicos.

Esta difusión de ideas militares, de sentimientos militares, de organización militar, de disciplina militar, prosigue en todas partes. Tenemos la fuerza de lucha, el Ejército de la Iglesia, de cuyo nombre podemos deducir sin violencia que no es extraño á esta dirección, y existe, revelando las tendencias eclesiásticas en el sentido indicado, la Brigada de la joven Iglesia, con su uniforme, armas y disciplina. En esto, como en otras cosas, simpatizan plenamente el clericalismo y el militarismo. El Rev. Dr. Warre, Rector de Eton, en una Memoria que leyó en la Institución del servicio general, sostuvo que era preciso enseñar en las escuelas públicas secundarias los elementos de la ciencia militar, inculcar en los jóvenes hábitos de disciplina, adiestrarles en las maniobras y el uso de las armas de fuego, etc. Otro Rector, el Rev. M. Gull, en una reunión del Colegio de Preceptores, presidida por el Rev. M. Beran, dijo que hay setenta y nueve Cuerpos de cadetes en varias escuelas públicas; que se están haciendo esfuerzos «para organizar la disciplina en las escuelas elementales y en las de párvulos;» que una Comisión de la Conferencia de rectores había decidido, por unanimidad, que en las escuelas públicas secundarias los muchachos mayores de

quince años recibiesen instrucción militar, y que á instancias de los mismos «reverendos» rectores se había presentado en ambas Cámaras del Parlamento un *bill* de instrucción militar que daba forma á sus aspiraciones y era apoyado por el Ministerio de la Guerra (1). De igual manera, durante la conmemoración de Guthrie en el Colegio de Clifton, el Rector, Rev. Canónigo Glazebrook, glorificaba, en presencia de dos Obispos, la parte que los jóvenes educados en Clifton habían tomado en la guerra sud-africana, extendiéndose con orgullo acerca «de la noble contribución á la causa de la patria,» pagada por los diez y nueve antiguos cliftonianos que habían sucumbido, y comentando con prolijidad el creciente celo de la escuela en materias militares; y ahora, el Claustro de Cambridge insiste en que la Universidad promueva la organización de la enseñanza de la ciencia militar.

Existen todavía otras pruebas más significativas de la misma naturaleza. Tenemos revistas, maniobras y campos de ejercicio de los voluntarios, y el concurso anual de tiro, ya en Wimbledon, ya en Bisley; tenemos los campamentos permanentes de Shorncliffe y Aldershot, y no tardará en establecerse otro más extenso en Salisbury Plain. Hace cincuenta años no había nada parecido á los «pasos de armas» ó torneos, que ahora se celebran periódicamente, ni á las exhibiciones del ejército y la marina. En fin, confirmando el profundo cambio operado en los sentimientos sociales, acordóse en una reunión que hubo en Mansion House conmemorar en 1901 la gran Exposición de 1851, que se espe-

(1) Véase *Educational Times*, tomo I, Junio 1901.

raba inaugurarse la paz universal, con una Exposición militar: ¡una demostración anti-militar, teniendo por jubileo una demostración militar!

El carácter engendrado por estas causas ha producido los actos de violencia realizados en Inglaterra en treinta ciudades, grandes y pequeñas, en donde aquellos que sustentaban opiniones contrarias al pensar de la mayoría respecto á nuestra conducta para con los boers, han sido víctimas del populacho, el cual, no sólo ha expulsado de las reuniones privadas á los que querían tomar parte en ellas, maltratándolos, echándolos á puntapiés y esperándolos en la vía pública, sino que ha atacado las casas de los que se sabía condenaban la guerra, destrozado las muestras de las tiendas, asaltado los domicilios y hasta hecho fuego sobre las personas. Y después que estas infracciones de la ley, continuadas durante dos años, han sido perdonadas ordinariamente por las autoridades, vemos á los periódicos aplaudiendo á la policía por «haberse abstenido juiciosamente de intervenir en un tumulto dirigido contra los oradores que pedían la conclusión de la guerra.» Realmente, una sociedad así caracterizada y así gobernada es terreno abonado para que se multipliquen los Hooligans.

Por ley natural, al par de la exaltación de la fuerza bruta armada, que se revela en las organizaciones militares, secular y sagrada, no menos que en la tendencia ostensible de las instituciones de enseñanza á alimentarla, y juntamente con esas manifestaciones de la pasión popular, que muestran hasta qué punto ha invadido al país el espíritu de coacción, elemento esencial del militarismo, se ha propagado el culto á la fuer-

za física desarrollada bajo la forma del atletismo. En mi juventud, los llamados «deportes» estaban casi exclusivamente representados por el periódico semanal *Belle Life in London*, que se leía, según me dicen, en los centros de reunión de los camorristas y en las tabernas de ínfima categoría. Desde entonces, la afición á tales juegos ha crecido tanto, que el deseo de sobresalir en ellos constituye una ocupación absorbente. Las partidas de vilorta de los clubs locales son motivo de interés, no sólo en los pueblos respectivos, sino fuera de ellos, y los nombres de los jugadores célebres corren en boca del vulgo, habiendo profesores y cursos de enseñanza; de modo que lo que antes era un entretenimiento se ha convertido en un negocio. Sucede lo mismo con los remeros, que se disputan la primacía en todos los ríos de anchura suficiente, y tienen sus regatas periódicas, de las que han llegado á revestir la importancia de acontecimientos nacionales las de las Universidades y las de Henley, á que acuden muchedumbres de gentes, atrayendo igual concurrencia el partido de vilorta de las Universidades. Y viene en seguida el *Foot-ball*, que en mi adolescencia no llamaba la atención del público y hoy es un espectáculo en todas las poblaciones: jugadores pagados celebran sus pujas, presenciadas por miles de personas—cien mil hubo recientemente en Sydenham,—y cuya índole es tal que á menudo se requiere á la policía para que proteja á los árbitros. Puede, en verdad, observarse que este juego, el más popular ahora, es también el más brutal: por la lucha sin piedad que sostienen los bandos y la intensidad de sus antagonismos, sin contar los golpes y muertes ocasionales, se asemeja, cuanto es posible,

á una batalla en tanto lo permite la falta de armas.

«Deportes» de tiempos pasados, que las leyes habían prohibido á causa de su brutalidad, tornan á aparecer. De vez en cuando se lee que la policía ha descubierto y cerrado secretos reñideros de gallos, porque aboga abiertamente, considerándolos como medio de entretenimiento, el resucitado periódico de Johnson, *The Rambler*. Igual significación tiene la resurrección del pugilato: las antiguas peleas han sido reemplazadas por lo que se llama «peleas con guante;» la diferencia es puramente nominal. Aunque en pocos años ha habido cuatro muertes, sin embargo, tan grande es la simpatía de las autoridades por esta «diversión,» que se ha perdonado á los matadores, invocando, ya un pretexto, ya otro. Con el desarrollo de la atlética humana ha coincidido el de la atlética animal bajo la forma de constante aumento en el número de carreras de caballos, yendo ambas acompañadas de juegos y apuestas—vicios que invaden todas las clases y todos los lugares, desde los elegantes salones hasta los albergues de malhechores,—vicios que nos empujan á la barbarie, puesto que el placer que se obtiene á costa del dolor ajeno seca, por necesidad, la fuente de la simpatía.

La prensa, por su parte, se acomoda al gusto del público, de modo que no sólo hay muchos papeles diarios y semanales consagrados exclusivamente á los «deportes,» sino que los periódicos y publicaciones de carácter general dan cuenta de los «acontecimientos» en las diferentes localidades, y no es raro que un diario les dedique una página entera. Y debe notarse una grave circunstancia concomitante. Mientras la superioridad física se eleva á la cúspide, la superioridad moral se

hunde en el fondo. Se ha observado hace tiempo que se honra más á un atleta famoso que á un estudiante sobresaliente; y si se quieren pruebas oculares, se hallarán en los periódicos ilustrados, que reproducen continuamente fotografías de los competidores en juegos y regatas, mientras, por ejemplo, nunca se les ocurre publicar los retratos de los mejores alumnos de Matemáticas del año. Cuán extraordinario es el predominio del atletismo, se patentiza en el hecho de que al pretender Sir Miguel Foster la representación de la Universidad de Londres, se hizo de él un cumplido elogio porque era ¡un buen jugador de vilorta! «Todos los vilorteros le votarán,» escribió en el *Times* un tal A. B., «que había sido de su banda en el juego.» Así, cambios numerosos nos hacen retroceder á los días de la Edad Media, cuando las clases directoras sólo se distinguían por el valor y la fuerza física, mientras la cultura de la época estaba confiada á los sacerdotes y monjes.

Literatura, periodismo y arte, aceleran el retorno á la barbarie. Durante largo tiempo han florecido autores de novelas que se han adaptado á la moda, tejiendo historias de crímenes y sangre. Otros han entretenido á los niños y jóvenes con relatos de conspiraciones, batallas y matanzas; millones de tales engendros han circulado estos últimos años (1); y han salido de moldes numerosos volúmenes conteniendo narraciones de viajes, cuyo atractivo consistía, según se anunciaba, en describir combates con los indígenas y encuentros con las bestias salvajes. Varios libros de guerras se han inspirado en el ejemplo de las *Quince batallas decisivas del*

(1) Véase *Academy*, Junio 5, 1897.

*mundo*, del profesor Creasy, de que van tiradas treinta y tantas ediciones; y en el número del *Athenæum* que acaba de repartirse, se anuncia la próxima aparición de dos obras del mismo género: una, las *Grandes batallas del mundo*, y otra, *Buques de guerra existentes en el mundo en 1901*: esta última es una publicación anual. Y como indicio todavía más elocuente del estado del sentimiento nacional, tenemos la inmensa popularidad de M. Rudyard Kipling, en cuyos escritos por cada décima parte de cristianismo nominal hay nueve décimas de paganismo real; que idealiza al soldado y glorifica los triunfos de la fuerza bruta, y que, pintando la vida de la escuela, enaltece las actividades y sentimientos barbarizantes y muestra escaso respeto por la civilización y la cultura.

Así también la literatura de los periódicos respira violencia. Las ilustraciones americanas, que cuentan con tantos lectores en Inglaterra, reavivaron, aun antes de las recientes conquistas, los recuerdos de la guerra civil, publicando narraciones de ésta ó aquella parte de la campaña y biografías de tales ó cuales caudillos. Como las batallas y los grandes capitanes de nuestros días no daban abasto para satisfacer el pedido, los editores han retrocedido á los tiempos remotos y al pasado más próximo. La vida y conquistas de Alejandro Magno han reaparecido con ilustraciones: en artículos que forman series ó en verdaderos libros, los biógrafos nos han hecho contemplar otra vez la figura de Napoleón y se ha resucitado igualmente á Wellington y Nelson. No era esto bastante, y han sido exhumadas las hazañas de piratas y corsarios famosos para responder á la demanda. Al par, las ficciones que llenan muchas

publicaciones mensuales revisten idéntico carácter sanguinario. Historietas de crímenes y actos de violencia, grabados que representan hombres que pelean, hombres vencidos, hombres que huyen, puñales en alto, pistolas que apuntan, todo ello, combinado de mil maneras, ha servido de pasto al salvajismo latente. Entre otras fábulas de esta clase, han corrido, há poco, dos en las que la nota de interés, realizada por las viñetas, era la descripción de una lucha á puñadas. Lo mismo se ha visto en nuestros periódicos artísticos. No ha sido preciso que estallasen las recientes guerras para que hallaran múltiples ocasiones de representar sangrientos combates, ó los medios de destrucción naval y militar, ó las personas que los usan. Supongo que en el último período habrán sido todavía más numerosas las reproducciones de tales escenas, objetos y retratos; digo supongo, porque hace unos años, disgustado de estos estímulos á la brutalidad, me he abstenido deliberadamente de mirar los periódicos semanales ilustrados.

Vemos, pues, cómo de diversos modos las instituciones, ideas y sentimientos propios de la vida pacífica ceden su puesto á las instituciones, ideas y sentimientos propios de la vida guerrera. El continuo aumento del ejército, la creación de campamentos permanentes, los simulacros bélicos y las formaciones militares, han conducido á este resultado. Los hábitos de disciplina y ejercicios y competencias de los soldados estudiantes (no inútiles al principio), han ido desarrollando los sentimientos belicosos. La excitación constante á las pasiones destructoras que, en el *War Cry* y en los himnos de los imitadores del general Booth, ha hecho fa-

miliares las palabras *batallas, sangre y fuego*, y bajo la apariencia de combatir al genio del mal ha sepultado en el fondo de las almas los sentimientos humanos, ha producido el mismo efecto. De análoga manera, la organización y la disciplina militares implantadas en las escuelas han desenvuelto los instintos de antagonismo en las generaciones nacientes. El espíritu de lucha ha tomado de cada vez más incremento merced á los juegos atléticos, cuya afición han fomentado activamente, primero la prensa semanal y después la diaria; y á medida que se ha honrado más la fuerza física, han ido disminuyendo los honores tributados á la inteligencia. La literatura y el arte han cooperado á la obra. Han circulado profusamente y se han leído con avidez libros que tratan de batallas, conquistas y guerreros. Las publicaciones mensuales, adornadas de grabados describiendo y representando escenas sangrientas, han robustecido el amor á la destrucción, siendo acompañadas en esta tarea por los periódicos ilustrados semanales. En todos los lugares, y de todos los modos posibles, se ha procurado en los últimos cincuenta años recrudescer las ambiciones, ideas y sentimientos barbarizantes y avivar incesantemente la sed de sangre.

Si queremos una muestra notable del resultado, nos la suministrará el dicho del poeta laureado de la nación, según el que la vida más señorial de la tierra es la que se emplea en entrar á «saco» los territorios ajenos.